

Anterior en: <https://ideaswaldorf.com/la-historia-de-britania/>

LA CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO

Las tribus germánicas

El último emperador romano del que hemos hablado fue Nerón, un hombre malvado que, además, estaba loco. Primero incendió Roma, y cuando la gente de la ciudad le acusó él culpó a los cristianos, lo que desencadenó terribles persecuciones. Al final, las legiones se rebelaron contra Nerón y él acabó quitándose la vida.

Después de Nerón vinieron emperadores que eran muy parecidos a Augusto, hombres duros pero inteligentes que procuraban que hubiera justicia y orden en todos los territorios gobernados por Roma.

Naturalmente, todavía seguían persiguiendo a los cristianos, porque el afán de poder de los romanos no podía tolerar una religión que llamaba hermanos a todos los seres humanos. Pero al margen de eso, esos emperadores gobernaron con sabiduría.

Y bajo el reinado de uno de ellos, Adriano (76- 138), Roma alcanzó la cúspide de su poder. Hay que imaginarse el imperio que se extendía desde el muro de Adriano en el norte de Inglaterra hasta el río Nilo en Egipto y toda la costa del norte de África. Se extendía desde España en el oeste hasta el río Eufrates en el este.

Las fortalezas y las legiones romanas vigilaban la frontera a lo largo del Rin y del Danubio. Era un poderoso imperio y desde cada esquina del mismo llegaban impuestos y contribuciones al centro, a Roma.

Justo en las afueras de Roma se hallaba la villa de Adriano, que era como una pequeña ciudad: había dos maestros, varias bibliotecas, varios baños, aparte de las viviendas de Adriano, su corte y sus esclavos, y los establos para los caballos y carruajes. Había enormes jardines con grandes estanques e incluso un hipódromo para carreras de caballos.

Hoy todavía pueden verse sus ruinas. Produce una extraña sensación estar ante esos enormes muros y pensar que fueron construidos para un hombre cuyo poder alcanzaba desde las colinas de Escocia hasta los desiertos de África.

Miles de ciudades y pueblos florecieron en ese gran imperio. Estaban conectadas por caminos rectos sobre los que marchaban las legiones romanas, por donde viajaban bienes de todo tipo sobre carruajes de caballos, por donde los viajeros podían desplazarse con seguridad de una parte a otra del imperio. Sobre esos caminos también viajaban los hombres y mujeres que llevaban consigo el mensaje de Cristo. Y aunque muchos cristianos fueran encarcelados y ejecutados, por todo el imperio había almas dispuestas a recibir el mensaje: esclavos y nobles, soldados y comerciantes, hombres y mujeres. Y ningún emperador ni persecución alguna podían detenerlo.

Bajo el emperador Adriano Roma alcanzó la cúspide de su poder, pero esa culminación no duró mucho. Bajo los éxitos de Adriano el poder de Roma empezaba a desmoronarse, primero lentamente y luego cada vez más rápido.

¿Qué es lo que hacía tambalearse al Imperio Romano?

La incursión de una nueva gente procedente del noreste, las tribus germánicas. El hogar original de los pueblos germánicos había sido Siberia.

Hoy en día Siberia es una tierra muy fría, y allí no vive mucha gente. Pero hace unos cuatro mil años Siberia tenía un clima mucho más cálido y era una tierra de enormes llanuras cubiertas de pasto.

Y las tribus germánicas vivían en esas llanuras como nómadas. Cabalgando caballos y cuidando ganado, iban trasladándose de unos pastos a otros.

Cuando el clima de Siberia fue haciéndose más frío, las tribus germánicas comenzaron a emigrar hacia el oeste.

Poco a poco, durante muchas generaciones fueron atravesando Rusia hasta que llegaron a Escandinavia, los países que hoy conocemos como Noruega y Suecia.

En aquella época —hace unos 2500 años— la península escandinava tenía un clima mucho más cálido que hoy en día. Y de ese modo, durante un tiempo, las tribus germánicas se establecieron en Escandinavia, que se convirtió en su hogar en Europa. Pero el clima escandinavo también fue cambiando: los inviernos se hacían más fríos y más largos, ya no había suficiente pasto para todos sus ganados y algunas de las tribus germánicas comenzaron a trasladarse hacia el sur, emigrando hacia las tierras que hoy conocemos como Alemania.

Pero ya había otros pueblos que vivían allí, los celtas, que habían emigrado mucho antes desde cerca de Persia y se habían establecido en las zonas centrales de Europa.

Las tribus germánicas lucharon contra los celtas, los conquistaron y siguieron trasladándose más al sur hasta que llegaron a los Alpes y se detuvieron durante un tiempo.

Recordemos cómo los cimbrios y los teutones descendieron de los Alpes penetrando en Italia y cómo incendiaron ciudades romanas hasta que Mario los venció. Estos cimbrios y teutones habían sido solamente una pequeña oleada que se había desparramado sobre Italia.

Durante un tiempo no hubo más oleadas. Algunas tribus germánicas se dirigieron hacia el oeste, cruzaron el Rin e invadieron la Galia. Eso le dio a Julio César la excusa para penetrar en ella con sus legiones para ayudar a los galos contra los invasores germánicos. Pero no sólo hicieron retroceder a las tribus germánicas más allá de Rin, sino que aprovecharon y conquistaron la Galia para Roma.

Desde la época de Julio César en adelante, siempre hubo batallas entre las tribus germánicas y las legiones romanas.

Del mismo modo en que una gran marea envía sus oleadas una tras otra contra un dique, las tribus germánicas atacaban las fortalezas y asentamientos romanos, una tras otra, atravesando el Rin y el Danubio.

Por muchas veces que fueran derrotadas, volvían una y otra vez. Pero los romanos habían cambiado.

Como dueños de un gran imperio se habían acostumbrado demasiado al confort, el lujo y el placer, y ya no les gustaba luchar, aunque seguían siendo inteligentes, y pensaron:

“Convertiremos a estos bárbaros en nuestros propios soldados.”

Enviaron sus mensajeros a algunas de estas tribus y les dijeron:

“Si lo que realmente queréis es tierra para asentaros, los romanos tenemos tierra de sobra y estamos dispuestos a daros tierra en la Galia. En compensación, vuestros hombres han de estar de acuerdo en luchar por nosotros y mantener alejadas a las tribus invasoras.

Las tribus que recibieron esa oferta aceptaron y al poco tiempo los ejércitos romanos sólo tenían generales y tal vez algunos oficiales romanos, mientras que la mayoría de los soldados eran germanos, además de algunas legiones de galos y britanos.

Y esas tropas extranjeras protegieron las fronteras romanas, al menos por un tiempo, pero una vez que los romanos dejaron de estar preparados para luchar en sus propias batallas, los días del poder de Roma estaban contados.

El imperio dividido

Esas tribus germánicas solían tener una vida de nómadas en las estepas de Siberia. Los nómadas son trashumantes, se mueven de un lado a otro con sus ganados y no cultivan ni cosechan la tierra. Dejan que los rebaños pasten hasta que se acaba la hierba, y entonces se trasladan a otro lugar.

La ocupación típica de los nómadas era cazar, cuidar a sus animales o luchar, pero no labraban la tierra.

Más tarde, cuando las tribus germánicas llegaron a Europa, no podían deambular con tanta libertad como en Asia, y se asentaron y cultivaron la tierra para así obtener de ella su alimento.

Para entonces ya habían conquistado a los pueblos celtas que se convirtieron en sus sirvientes o siervos, como se les llamaba. Y esos siervos trabajaban las tierras de sus amos. Pero los hombres libres, los guerreros, no podían realizar ningún trabajo. Consideraban que luchar y cazar eran las únicas dos cosas que valía la pena hacer. ¡Y les encantaba luchar! Para ellos era vergonzoso morir de viejo en la cama. La llamaban “*muerte de paja*”, que era de lo que estaban hechas sus camas.

Decían que, si un hombre moría de esa vergonzosa muerte en la cama de paja, su alma descendería al oscuro mundo inferior donde reinaba la diosa Hela. La única muerte digna de un hombre era la muerte en batalla. Pues entonces, desde el **Valhalla**, el castillo de los dioses, descendían unas mujeres totalmente armadas montadas en caballos blancos. Y esas mujeres guerreras, las **Valkirias**, se llevaban el alma del guerrero hasta el Valhalla, el hogar de los dioses.

Eso sólo les sucedía a aquellos que morían luchando, no a los que morían en la cama, y cuando el alma estaba en el Valhalla, eso no significaba que se hubiera acabado la lucha. Todos los días, los héroes y guerreros salían a un gran campo y allí luchaban y batallaban unos contra otros, pero cuando la lucha acababa todas las heridas se curaban y todos los muertos revivían de nuevo para que pudieran volver a luchar al día siguiente. Para esas tribus germánicas incluso el cielo era un lugar donde podían seguir luchando eternamente.

No sólo su religión, sino también sus historias y canciones eran sobre guerras y luchas.

Cuando los hombres se sentaban juntos en un banquete, disfrutaban escuchando a cantantes y bardos que recitaban largos poemas de batallas, guerras y héroes.

Cuando esa gente no luchaba querían oír hablar de luchas. Veneraban a dioses como **Odín**, también llamado Wotan, **Thor**, **Tyr**, el dios de la guerra, y **Freyja**, la diosa de la belleza.

Todavía existen en la lengua inglesa mismos nombres expresados en los días de la semana: Wednesday, miércoles, “el día de Wotan”; Thursday, jueves, “el día de Thor”; Tuesday, martes, “el día de Tyr” Friday, viernes, “el día de Freyja”. Los otros nombres siguen a los planetas: Monday, lunes, “el día de la Luna –Moon–”; Saturday, sábado, “el día de Saturno” –Saturn–; y Sunday, domingo, “2 día del Sol” –**Sun**–.

Pero como los celtas, las tribus germánicas no veneraban a sus dioses en templos ni en ningún edificio hecho por manos humanas. Los veneraban al aire libre, en el claro de un bosque, o en la cima de una colina.

Cuando soplaba un viento fresco y refrescante en la cúspide de la montaña, decían:

–“Puedes sentir cómo este viento fresco te hace más fuerte, vigoroso y saludable?”

Es el poder de Wotan en el viento”.

Y cuando retumbaba el trueno y brillaba el rayo, decían:

—“Este es Thor lanzando su martillo que siempre le vuelve a la mano”. Veían a todos sus dioses por doquier en la naturaleza.

Los germanos eran todos altos y fuertes y se parecían en muchas cosas a los celtas, pero en otras eran muy diferentes.

A los celtas les encantaba hablar y, sobre todo, les gustaba alardear de sus actos. Los germanos eran parcos en palabras y no alardeaban.

Los celtas tenían una imaginación vívida y les gustaban las cosas bellas, e incluso llevaban vestiduras con mucho color. Los germanos eran mucho más prácticos, no eran muy proclives a los ornamentos, y vestían con gruesas ropas de lana.

Como se esperaba que todos los muchachos fueran guerreros, los germanos no veían ningún propósito en dejar crecer a un niño que parecía débil, de modo que cada recién nacido era colocado a los pies de su padre, y si el padre consideraba que ese niño no llegaría a ser fuerte era llevado a una montaña y se dejaba allí a que muriera.

Eso no se hacía por crueldad, sino porque a esa gente a quienes les gustaba guerrear sobre todas las cosas consideraban que un hombre débil no podría luchar por su propia vida y no llevaría una vida digna de vivir.

Esos eran los pueblos que amenazaban al Imperio Romano.

Si todas las tribus germánicas se hubieran unido, Roma habría sido conquistada por ellas mucho antes. Pero el hecho es que cada tribu escogía su propio momento para luchar contra Roma.

Algunas de ellas preferían luchar entre sí y otras ayudaban a los romanos luchando como soldados contra otras tribus germánicas. De ese modo el Imperio Romano duró más de lo que lo habría hecho si todas las tribus germánicas se hubieran unido contra Roma.

Pero esos bárbaros extranjeros que se habían convertido en soldados romanos no sentían sobre Roma lo que hubiera sentido un verdadero romano.

Y si un general congregaba a sus legiones y les decía:

—“Quiero ser emperador. Si lucháis por mí os prometo altas recompensas”. Estos soldados marcharían sobre Roma y matarían al emperador que estuviera en ese momento en el poder y luego colocarían a su propio emperador en el trono. Pero al cabo de unos años o incluso meses, otro general haría lo mismo y, con la ayuda de los bárbaros, mataría al nuevo emperador y ocuparía su lugar.

Al final, después de cincuenta años de este desorden y caos, hubo un emperador que era un hombre implacable y duro. Él logro restablecer la paz y el orden, y expulsó a los invasores.

El nombre de ese emperador era **Diocleciano**. Comprendió que era demasiado difícil para un solo hombre gobernar el vasto Imperio Romano, mantener alejados a los bárbaros y procurar que las legiones no empezaran a instalar a su propio emperador.

De modo que decidió dividir el Imperio Romano en dos partes, el Imperio de Occidente —que incluía Italia, Galia, España, Britania— y el Imperio Oriental —Grecia, Siria, Egipto—.

El propio Diocleciano gobernó el Imperio Oriental y su amigo **Maximiano** gobernó el Imperio Occidental.

Mientras vivieron los dos, el sistema funcionó. Octavio y Marco Antonio ya habían hecho antaño una división así. Pero tanto Diocleciano como Maximiano eran acérrimos enemigos del cristianismo, y en su reinado se produjeron las peores persecuciones de cristianos con miles de ellos asesinados, aunque esa fue también la última persecución, porque después de Diocleciano todo cambió para los cristianos.

La visión de Constantino

Diocleciano, el emperador que había dividido el Imperio Romano en dos partes, no tuvo hijos. Pero cuando se hizo viejo quería retirarse y ceder la corona y el peso de gobernar a un joven. Escogió como sucesor suyo a un noble romano llamado **Constantino**.

Constantino había nacido en Britania, en York; su padre había sido gobernador de Britania y su madre era una princesa britana. Como sucesor de Diocleciano, Constantino se convirtió en el gobernante del Imperio Oriental.

Poco tiempo después murió Maximiano, gobernador del imperio occidental, y fue sucedido por su hijo **Magencio**, que odiaba a los cristianos tanto como lo había hecho su padre.

Pero Constantino era diferente. Su madre, Helena, una princesa britana, aunque era pagana, también creía que Cristo era un ser grande y poderoso. Veneraba a Cristo y a los dioses romanos. De manera que Constantino, aunque también era pagano, no odiaba a los cristianos, pero esa no era la única diferencia entre Constantino, emperador oriental, y Magencio, emperador occidental.

No se fiaban el uno del otro, cada uno estaba celoso del poder del otro, y al final decidieron que sólo uno de ellos estaba preparado para ostentar el poder.

Es lo que siempre sucedió en la historia romana, desde Rómulo y Remo, a Julio César y Pompeyo, a Octavio y Marco Antonio: no podían compartir el poder y eso llevó a que se declarase la guerra entre Magencio y Constantino.

Magencio había congregado un ejército de doscientos mil hombres que mantuvo en Roma. Esperaba que Constantino le atacara.

Constantino tenía sólo la mitad de soldados. Cuando condujo su ejército sobre Italia, Constantino estaba preocupado y empezó a dudar de si podría derrotar a su enemigo.

Una noche estaba cabalgando al frente de su ejército cuando miró al cielo y tuvo una extraña visión: vio rayos de luz que formaban una gran cruz resplandeciente y por encima de la cruz aparecían en letras brillantes las palabras: *"In hoc signo Vinces"*, que quiere decir: *"Con este signo vencerás"*. Luego desapareció la visión, el cielo se oscureció y se hizo de noche.

Los soldados montaron un campamento y Constantino se acostó. No lograba dormir, se preguntaba sobre el significado de la visión. Al final acabó durmiéndose, y tuvo un prodigioso sueño. En él veía a Jesucristo que le hablaba y le decía:

—"El signo que has visto en el cielo es el signo que te dará la victoria sobre tu enemigo. Si tus soldados llevan mi nombre en la batalla desperdigarás a tus enemigos".

Cuando se despertó a la mañana, Constantino ya no tenía duda alguna sobre lo que debía hacer. Dio órdenes para que se hiciera una bandera con las dos letras griegas de la palabra *"Cristo"*: *"XP"*. Y el palo de la bandera tenía que tener forma de cruz, pero de oro.

En esa época, la mayoría de los soldados de Constantino ya eran cristianos, y cuando vieron que Constantino, su líder, les daba una bandera con las iniciales de Cristo, gritaron de alegría y pintaron el signo de la cruz sobre sus escudos.

La cruz —el instrumento con el que eran ejecutados los peores criminales en la antigua Roma—, se había convertido en el signo bajo el cual esos soldados marchaban orgullosamente contra el enemigo pagano.

Mientras tanto, Magencio, el emperador en Roma, había pedido consejo a sus dioses, los dioses romanos.

En la época de Tarquinio había llegado a Roma una sibila que había vendido los tres libros que desde entonces fueron custodiados en el templo de Júpiter, en la colina del

Capitolio. Cada vez que algún peligro se cernía sobre Roma, los sacerdotes consultaban los libros de la sibila para averiguar si existía algún consejo sobre lo que debía hacerse.

Magencio le pidió a los sacerdotes que consultaran los libros de la sibila y averiguaran lo que había que hacer.

Los sacerdotes estudiaron los libros y le dijeron a Magencio que debería sacar a sus soldados de la ciudad para enfrentarse a Constantino en campo abierto, saliendo a su encuentro y atacándolo, que no debía limitarse a rechazarlo desde el interior de los muros. Magencio siguió el consejo.

Cuando Constantino y su ejército llegaron a las llanuras en el exterior de Roma esperaban tener la terrible tarea de asaltar los temibles muros de la ciudad, pero, para su sorpresa, las puertas se abrieron, se extendió un gigantesco puente levadizo sobre el amplio y profundo foso por el que salieron el propio Magencio y sus soldados.

En la batalla que se produjo acto seguido, los legionarios de Constantino lucharon como leones, parecía como si tuvieran una fuerza y un coraje sobrehumanos, cada soldado podía luchar con más de dos de los de Magencio.

Aterrorizados por la furiosa arremetida, los soldados de Magencio dieron la vuelta y regresaron precipitadamente hacia el puente levadizo, y Magencio huyó con ellos. Pero justo cuando estaba sobre el puente con cientos de soldados empujando a su alrededor, el puente cedió bajo el enorme peso de tantos hombres. Magencio y todos los que le rodeaban cayeron al foso lleno de agua y se ahogaron.

Desprovisto de su líder, el resto del ejército entregó sus armas y se rindió. La batalla había terminado y Constantino penetró victorioso en Roma.

Si Magencio con sus doscientos mil soldados hubieran permanecido dentro de la ciudad protegida por sus gruesos muros, Constantino nunca hubiera podido tomar la ciudad con sólo la mitad de los soldados.

Esa batalla —que cambió todo el curso de la historia— tuvo lugar el 28 de octubre del año 312. Apenas trescientos años después del nacimiento de Cristo, esta batalla que se luchó bajo el signo de la cruz llevó la victoria a los cristianos.

Al año siguiente Constantino decretó una ley para todo el Imperio, permitiendo a los cristianos practicar su religión y venerar a Cristo libremente y sin trabas. Y aún hizo más: favoreció a los cristianos y llegó un momento en que nadie podía alcanzar una alta posición si no era cristiano. A partir de ese momento, la religión cristiana se extendió rápidamente, y, con el tiempo, la religión pagana —a veneración de Júpiter, Apolo, Venus, y otros dioses— acabó desapareciendo.

Muchos de los antiguos templos fueron convertidos en iglesias o eran demolidos y se construían iglesias en su lugar.

Después de trescientos años de persecución, la religión cristiana había salido de las catacumbas y había triunfado sobre sus perseguidores. Pero a la gente de Roma no le gustaba Constantino, habían estado del lado de Magencio y a Constantino no le gustaba ni Roma ni su gente. Decidió entonces fundar él mismo una nueva capital, alejada de las tribus germánicas en el norte.

Para Constantino, la historia romana había empezado con Eneas que había venido de Troya, en el este. Quería fundar su capital en alguna parte cerca del lugar donde había estado Troya. Se acercó a Bizancio, una ciudad en el Helesponto, en el estrecho que se halla entre el Mediterráneo y el Mar Negro, y llamó a ese espléndido lugar “*la Ciudad de Constantino*”, que en griego es “*Constantinópolis*” —“*polis*” quiere decir “*ciudad*”— y que nosotros conocemos como Constantinopla —hoy en día es la ciudad de Estambul—.

De ese modo, la orgullosa Roma dejó de ser el centro del Imperio. Su centro pasó a ser Constantinopla. Fue una sabia decisión, porque poco tiempo después se producirían las invasiones de las tribus del norte que ya no podrían ser mantenidas lejos de Italia.

Los monjes

Constantino había traído un enorme cambio. Los cristianos ya no eran perseguidos y ya no vivían con temor por sus vidas. No solamente eran libres de ejercer su religión a su manera, sino que incluso el ser cristiano se convirtió en una ventaja.

Los mismos emperadores eran cristianos y si alguien quería obtener un favor —una alta posición o una carrera— tenía que ser cristiano. No es de extrañar que el número de cristianos creciera entonces espectacularmente, con la misma celeridad con la que disminuía el número de paganos.

Los cristianos ya no se congregaban en las catacumbas, y ahora querían tener iglesias. Muchos templos paganos eran frecuentados ya por muy poca gente, de modo que los cristianos a veces simplemente ocupaban esos templos, echaban a los paganos y a sus sacerdotes, y convertían el lugar en iglesia.

En algunas partes del Imperio Romano se volvían contra los paganos y los atacaban. En Egipto, una buena y sabia mujer, **Hipatia**, fue asesinada por una muchedumbre de así llamados cristianos simplemente porque era pagana. Y los cristianos también reñían entre ellos mismos. Sus disputas sobre la religión y sobre lo que debían creer y lo que no, a veces acababan en lucha.

Los obispos, los líderes entre los sacerdotes cristianos, se reunían para decretar reglas sobre lo que era correcto o erróneo creer, pero entonces otros obispos no aceptaban esas reglas.

Hubo, además, otro cambio: En los días en que los cristianos habían vivido temiendo por sus vidas, cuando cualquier día podía llevarles a una muerte cruel, habían vivido con sencillez, sin demasiado lujo ni comodidades ni entretenimientos, pero ahora que los mismos emperadores eran cristianos, cuando los puestos más elevados y mejor pagados eran dados a los cristianos, empezaron a disfrutar de riqueza, poder y lujo, igual como habían hecho antaño los paganos.

Muchos se habían hecho cristianos simplemente porque eso les reportaba ventajas, pero no deseaban cambiar su modo de vida; tenían tantos esclavos y tanto lujo como habían tenido antes.

Aun así, no todo el mundo pensaba del mismo modo. Había algunos que recordaban que Cristo había vivido en la pobreza.

Pensaban que, si uno ama demasiado el dinero, el lujo y los placeres, no puede amar a Dios tanto como Él lo había hecho, pues Cristo había dicho:

-"Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. [Mt 22:37]"

Los que pensaban de ese modo se apartaron de la vida de placeres y distracciones, comodidades, posesiones y esclavos.

Recordemos que en la antigua India los ermitaños se iban al bosque, donde comían muy poco, ayunaban y pasaban el tiempo en oración.

Algo similar sucedió entre los cristianos. Algunos hombres se apartaron de todos los placeres mundanos y se convirtieron en "eremitas" —del griego "eremos": desierto— que entre los cristianos también eran llamados "monjes" —del griego "monacos", "el que vive solo—.

Los otros cristianos, que disfrutaban de los placeres y comodidades o no eran capaces de dejarlos —y eran, naturalmente, la mayoría— tenían un gran respeto por los monjes.

Los llamaban “*hombres santos de Dios*” consideraban que Dios mismo los recompensaría si a esos monjes les daban la poca comida o bebida que necesitaban.

Uno de los primeros hombres que adoptó la vida de monje fue **Antonio**, que vivió en Egipto (250-356).

Antonio no podía apartarse a los bosques como habían hecho los ermitaños de la India, porque en Egipto no había bosques, sino que se retiró a vivir al desierto en una cueva excavada en la roca. El lugar habitado más cercano, un minúsculo pueblo, se hallaba a dos o tres horas a pie, pero la gente de ese pueblo, sabiendo que un hombre santo vivía cerca de ellos, se le acercaba de vez en cuando y dejaban un poco de comida y un jarro de agua en la cueva.

Antonio vivía solo en el desierto. Había muchos días en que no había ni comida ni bebida, pero estaba contento por ello, porque sentía que a medida que su cuerpo se iba debilitando con el hambre, su alma se hacía más fuerte en la plegaria y la oración.

Incluso cuando la gente había llevado algo de comida, ayunaba y dejaba pasar uno o dos días más antes de tocar el pan o el agua.

En los días en que estaba sentado bajo el sol abrasador del desierto le pasaban cosas extrañas, intentando olvidar los dolores del hambre y la sed que atormentaban su cuerpo concentrando su mente en la oración.

Era como una competencia entre la mente y el cuerpo, en la que la mente decía:

—“*Soy un espíritu inmortal, soy más fuerte que el cuerpo, puedo olvidar el hambre del cuerpo si dirijo todos mis pensamientos a Dios*”. Y el cuerpo decía:

—“*Quiero comer, quiero beber*”.

Para un monje como Antonio, esta competencia, esta batalla entre mente y cuerpo, era la razón por la que se había retirado al desierto, pues sólo en ese entorno podía descubrir que la mente era más poderosa que el cuerpo, que el espíritu y el alma, y pueden triunfar sobre el cuerpo.

Cuando Antonio estaba librando esa batalla entre espíritu y el cuerpo, en el calor del desierto se le apareció una hermosa mujer que llevaba una bandeja llena de dulces y jugosas naranjas, higos y otros frutos. Pero Antonio gritó:

—“*¡Tú eres sólo un espíritu maligno, un diablo venido para tentarme! ¡Márchate, no quiero saber nada de tus malditos regalos!*”

Tan pronto como acabó de decir esas palabras, la mujer cambió de forma, convirtiéndose en un horrible monstruo con cuernos y garras, y otros monstruos aparecieron a su alrededor, y toda la horda de demonios atacó a Marco Antonio, que sintió como si lo estuvieran haciendo pedazos, pero con sus últimas fuerzas, Antonio gritó:

—“*¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, apartaos de mí!*”

Y, de golpe, todos desaparecieron y Antonio se encontró a sí mismo yaciendo sobre la cálida arena del desierto bajo el sol abrasador.

La siguiente vez que la gente del pueblo más cercano se apareció con comida, Antonio les explicó lo que le había sucedido y lo consideraron aún con mucho más respeto que antes.

Eso podría parecernos extraño a nosotros hoy en día, pero cuando la historia de Antonio se extendió, un gran número de personas se sintieron atraídos por ese tipo de vida y se convirtieron en eremitas en el desierto.

Doscientos años después de Antonio había muchos monjes por todo el Imperio Romano —tal vez unos cuantos miles— pero no sólo en el desierto, sino también en bosques o colinas y montañas.

Uno de esos monjes, procedente de Italia, **Benito de Nursia** (480-547), pensó que la vida solitaria del monje en los desiertos o en los bosques no ayudaba mucho a los demás. Vio que era mucho mejor y más cristiano que los monjes hicieran algo para los demás en el mundo. Para hacer algo útil tendrían que vivir en grupos, como ya hacían algunos.

Bajo la guía de Benito los monjes cambiaron su modo de vida, fundando la Orden de los **Benedictinos**. Éstos vivían congregados en comunidades o hermandades, como les llamaban. Y cada hermandad tenía un abad, un líder a quien había que obedecer. Cada comunidad se construía una casa que llamaban monasterio.

Allí los monjes todavía ayunaban y oraban, pero también trabajaban ocupándose de los jardines y huertos, copiando libros sagrados —pues aún no se había inventado la imprenta—, enseñando a los niños de los pobres, pues no había escuelas, y los ricos tenían tutores privados para sus hijos.

Y era muy importante que los monjes fueran a las tribus germánicas para convertirlas al cristianismo. A través de Benito los monjes se convirtieron en personas que vivían en la pobreza voluntaria, pero que hacían muchas cosas importantes para los demás.

Se estaba acercando una época en que los monasterios serían los únicos lugares de civilización, de conocimiento y de gentileza humana, pues el Imperio Romano y toda su civilización se estaba desmoronando y resquebrajando bajo la arremetida de los bárbaros.

A Benito, el fundador de los monasterios, le debemos que sobreviviera algo de la civilización romana después del colapso del Imperio: todo monje llevaba solamente una prenda de ropa, un hábito parecido a un saco, hecho de una tela burda y pesada sostenida en medio con un cordel, que en la parte de atrás tenía una capucha.

Para convertirse en monje había que hacer **tres votos**: *el voto de pobreza* —es decir, que uno nunca poseería nada—; *el voto de castidad* —o sea, que uno nunca se casaría, pues tener esposa y familia evitaba que uno se dedicara totalmente a la comunidad—, y *el voto de obediencia* —es decir, que uno acogería cualquier orden que le hubiera sido asignado por el abad, aunque fuera desagradable y peligroso, y que uno no se limitaría a seguir su propio capricho—.

Convertirse en monje era un sacrificio, pero los hombres que se hacían monjes sentían que sólo en esa vida de autosacrificio podían servir a Dios de la manera correcta. Y en los terribles tiempos que siguieron, esos hombres se hicieron necesarios.

Atila, el huno

En las vastas estepas de Siberia de donde habían venido los pueblos germánicos, vivía otro pueblo, los Hunos. Eran nómadas que vagaban por los llanos montados en pequeños ponis fuertes y lanudos. Y para los hunos sus caballos eran más importantes que cualquier otra cosa. No sólo luchaban y cazaban montados en ellos, sino que a menudo durante semanas y meses vivían, comían, bebían e incluso dormían montados sobre ellos.

Sus tiendas y sus vestimentas estaban hechas de piel de caballo. De la leche de yegua hacían una bebida intoxicante, un potente brebaje que podía emborracharlos. Su comida principal era carne de caballo, pero raramente cocinaban la carne, normalmente se limitaban a poner **un pedazo de carne de caballo** bajo la silla de montar y cabalgaban sobre él hasta que era lo suficientemente blando para comérselo.

Cuando los hunos iban a la guerra no mostraban ninguna misericordia. Los ancianos y niños que no podían usarse como esclavos eran asesinados; y luego quemaban las casas y todo lo que no pudieran llevar consigo.

A donde quiera que fueran dejaban un rastro de destrucción y muerte, todo sembrado de cadáveres.

Al este de Siberia existía el gran imperio floreciente de la China. Durante varios siglos los hunos habían hecho incursiones en China, devastando los campos, quemando los pueblos, robando y saqueando, pero en torno al año 220 a. de C. el emperador chino **Qin** acabó con esas incursiones construyendo una **muralla** muy alta y ancha a lo largo de las fronteras de China, con torres de vigilancia separadas pocos kilómetros entre sí.

La muralla recorría cientos de kilómetros y los soldados chinos patrullaban por ella día y noche. Y de ese modo, cada vez que venían los hunos eran rechazados. La gran muralla china detuvo las invasiones de los hunos. Ya no podían robar y saquear en el este, de manera que se dirigieron hacia el oeste.

En los siglos siguientes los hunos fueron dejando las tierras salvajes de Siberia y emigrando hacia Europa. Cada vez que se trasladaban eran como una inundación de jinetes feroces; cualquier cosa que se interponía en el camino de esa inundación era aplastado, quemado, muerto y destruido.

Atravesaron la tierra que hoy conocemos como Rusia y llegaron a la parte de Europa que desde entonces pasó a llamarse Hungría, la tierra de los hunos.

En aquella época era una tierra vacía, la gente que hoy en día vive en Hungría vino mucho más tarde. Los hunos se establecieron en Hungría durante un tiempo. Estaban divididos en muchas tribus y cada tribu tenía su propio caudillo, pero uno de ellos acabó convirtiéndose en rey de todas las tribus.

Atila (406-453), el gran rey de los hunos era un hombre feroz, tenía grandes planes, grandes ambiciones, y una voluntad de hierro.

Un día, un guerrero le trajo a Atila una espada que había encontrado bajo una piedra. Atila exclamó:

—*¡Esta es la espada que me han enviado los dioses para que pueda conquistar el mundo!*

Y bajo el liderazgo de Atila los hunos dejaron Hungría y barrieron Europa Occidental como una manga de langostas. Siempre les precedía el miedo y el terror.

Los primeros guerreros germánicos que se encontraron con ellos quedaron horrorizados al ver semejante horda. Parecían como demonios del infierno que habían sido desparramados por el mundo. Incluso los guerreros germánicos más valientes daban media vuelta y huían.

Los pueblos y las ciudades sucumbían a las llamas, los campos quedaban devastados, la gente era masacrada y por toda Europa se extendió un clamor:

—*Los hunos han sido enviados como castigo por nuestros pecados. Son el látigo con el que de Dios nos castiga. Atila es el azote de Dios*. Se decía que *“por donde pasa Atila no crece nunca más el pasto”*.

De ese modo Atila y sus hunos llegaron a la Galia donde los romanos y las tribus germánicas habían estado siempre peleándose, pero ahora, ante ese terrible enemigo, tuvieron que unir fuerzas y vencieron a Atila en la gran **batalla de Chalons**, en el año 451.

Expulsado de la Galia, Atila todavía tenía un gran ejército que entonces se dirigió al sur y se abalanzó sobre Italia.

Los ejércitos romanos se dispersaron ante los hunos. El norte de Italia se convirtió en un paisaje en ruinas, y los hunos se dirigieron a Roma. Ya no había ningún ejército para

defender la ciudad contra los salvajes invasores. Desesperada, la gente de Roma se dirigió a un hombre para que rogara a Atila que respetara la ciudad y a sus habitantes.

Los habitantes de la ciudad de Roma eran todos cristianos y el hombre hacia el que volvieron sus esperanzas era **León**, el obispo de Roma.

Era un hombre muy anciano, pero se presentó solo ante Atila. El rey de los hunos miró desde su caballo al obispo León y sonrió forzosamente.

Nunca había perdonado una vida o una ciudad, *¿por qué habría de hacerlo ahora con Roma y perderse el lucrativo botín que él y sus soldados encontrarían en la ciudad?*

Pero el anciano obispo le dijo:

—*“He venido a advertirte, Atila. Los espíritus de san Pedro y san Pablo que murieron por Cristo en esta ciudad de Roma están ante Dios, y su maldición te perseguirá si destruyes Roma”.*

Atila se quedó pensativo. Tal vez esos espíritus eran realmente poderosos, tal vez su maldición era algo que había que temer.

Y mientras pensaba en esto miró hacia el cielo y le dio la impresión de ver a dos ángeles con espadas resplandecientes que protegían Roma.

Era mejor no desafiar a esos seres.

—*“Anciano, regresa a la ciudad, no voy a tocar vuestra ciudad, ya tenemos suficientes tesoros”.*

El obispo León regresó a la ciudad con la buena nueva. Esa misma noche, una enfermedad, una epidemia se desencadenó entre los hunos y cientos de ellos murieron, y Atila se apresuró a alejarse de allí con sus hombres. Era mejor salir de aquel lugar y no levantar la ira de esos extraños dioses o espíritus.

Volvieron a Hungría, cargados con los tesoros que habían robado en cientos de ciudades. Atila pensó que ya era hora de incrementar su poder casándose con **Ildico**, la hija de un gran rey germánico.

El padre no se atrevería a rechazar al poderoso rey de los hunos. La pobre Hildegunda casi se desmayó cuando fue llevada ante Atila y vio a su futuro esposo por primera vez. Pero se celebró una gran ceremonia nupcial en la que los hunos bebieron hasta caer al suelo sin sentido. Al final, se acabó la fiesta y Atila estaba solo con su esposa.

La tomó en sus brazos para besarla, pero Hildegunda sacó una daga que llevada oculta bajo sus vestiduras y se la clavó a Atila en el corazón. De ese modo murió Atila, el azote de Dios. En la oscuridad de la noche, Hildegunda huyó, y escapó de su padre.

Cuando los hunos encontraron el cadáver de Atila por la mañana, empezaron a gemir y gritar de dolor. Algunos esclavos lo enterraron con sus tesoros, luego fueron asesinados para que nadie supiera dónde estaba el tesoro. Y acto seguido los hunos se dispersaron.

Unos ofrecieron sus servicios como soldados de los romanos, otros se unieron a las tribus germánicas, otros regresaron a Asia. Así que los hunos desaparecieron con la misma rapidez con la que habían aparecido. Pero el temor que habían instilado duró generaciones y las tribus germánicas que habían huido empujadas por los hunos estaban ahora en movimiento: había empezado la gran migración de los pueblos.

La caída de Roma <https://ideaswaldorf.com/13-la-caida-del-imperio-romano-ii/>

Los hunos, el azote de Dios, habían desaparecido, pero su irrupción había provocado muchos cambios porque todas las tribus germánicas se habían visto desplazadas; algunas habían dejado sus hogares en el corazón de Europa y habían huido antes de que los hunos

llegaran a ellos; otras habían unido sus fuerzas con los hunos y se habían movido con ellos por toda Europa; otras tribus se habían unido con los romanos contra el enemigo común.

Todas esas tribus habían dejado de tener un hogar establecido.

En la época en que desaparecieron los hunos, todas las tribus germánicas estaban en movimiento. Y se movieron en todas direcciones: hacia el oeste, a la Galia; hacia el sur a las penínsulas de Italia y la de los Balcanes.

Habría que imaginarse esas tribus en marcha —cada una de unos cuantos miles de personas—: cada una con todas sus posesiones y los niños amontonados en enormes carros cubiertos, tirados por caballos; a los hombres llevando cascos con alas de águila, armados con lanzas, hachas de batalla y espadas, cabalgando junto a los carros, y a las mujeres a un lado, conduciendo todo el ganado.

Esas columnas de kilómetros de largo, hechas de carros, rebaños, personas y caballos avanzaban lentamente en una nube de polvo.

En la parte delantera cabalgaban los exploradores. Si informaban de la cercanía de tropas romanas, de una fortificación o de un pueblo romano, toda la columna adoptaba la formación de batalla.

Los guerreros formaban un círculo con los carros y rebaños, las mujeres y los niños se quedaban en el centro.

Los mismos soldados romanos que eran enviados a evitar que esas caravanas itinerantes penetraran en territorio romano ya no eran siquiera romanos, a menudo eran pueblos germánicos que habían recibido tierras de los romanos para convertirlos en aliados.

Pero incluso si esos defensores lograban echar atrás alguna de esas tribus itinerantes, pronto aparecían otras. No se acababa nunca, era una marea que no podría frenarse indefinidamente.

En los libros de historia actuales, esa gran marea de tribus germánicas en movimiento es conocida como la *"migración de los pueblos"*.

Una de esas tribus, la más numerosa y más belicosa eran **los godos**.

En Suecia existe aún hoy en día la ciudad de Göteborg —Gotemburgo—, el 'castillo de los godos, que solía ser su hogar. Pero hacía ya tiempo que habían abandonado Escandinavia, habían atravesado Alemania, y se dirigían hacia Constantinopla.

Arcadio, el emperador romano en Constantinopla, un hombre joven y débil, no deseaba luchar contra los godos. Había otra manera de mantenerlos alejados. Le ofreció a **Alarico**, el rey de los godos, oro y ricos tesoros para que dejara Constantinopla en paz, y de ese modo la ciudad fue salvada del incendio y del saqueo.

Alarico, el rey de los godos, había sido antaño soldado de los romanos. Había estado en Roma y había comprobado la riqueza y los tesoros que a lo largo de los siglos se habían ido acumulando en la ciudad.

Por lo tanto, no tuvo inconveniente en dejar de lado Constantinopla, especialmente después de haber sido recompensado con creces por ello, porque sabía que encontraría muchas más riquezas en Roma. Así que Alarico y sus hombres atravesaron los Balcanes y penetraron en Italia, camino a Roma.

En aquella época el Imperio Romano se había vuelto a dividir en dos emperadores. La parte oriental estaba regida por el emperador de Constantinopla que había sobornado a Alarico. El Imperio Occidental estaba gobernado por **Honorio** en Roma.

*El emperador del oeste incluso era más débil e irreflexivo que el otro: su único interés consistía en criar hermosos gallos mientras que la verdadera tarea de gobernar se la dejaba al general **Estilicón**.*

Pero el general no era romano, procedía de una tribu germánica —era de origen vándalo y de “religión arriana”—.

A los romanos no les gustaba ser gobernados por un bárbaro, por inteligente y valiente que fuera, y justo en el momento en que Alarico y sus godos se desparramaban por Italia, Estilicón fue asesinado, el único hombre que podía haber salvado Roma.

Los godos atravesaron entonces Italia sin que se les opusiera resistencia y llegaron a Roma. El emperador, ese joven débil e irreflexivo, simplemente abandonó Roma cuando se aproximaban los godos, guiados por Alarico.

Marchó a la ciudad de Rávena donde tenía una hermosa villa. Allí se puso a jugar con su posesión más preciada, un gallo tan hermoso y fuerte que le habían puesto el nombre de Roma. Este gallo llamado Roma era más importante para el emperador que la Roma real.

La verdadera Roma, la ciudad de Julio César Augusto se hallaba ahora rodeada por los salvajes godos.

A los romanos todavía les quedaba su orgullo: estaban dispuestos a luchar por su ciudad, pero pensaron que podían intentar salvar sus vidas y sus posesiones hablando con Alarico, el rey de los godos.

Y de ese modo le fueron enviados dos senadores romanos.

Era una imagen extraña: los dos senadores, que todavía llevaban la toga de tiempos antiguos, suplicando a un rey bárbaro; Roma que antaño había gobernado el mundo le estaba pidiendo misericordia a un bárbaro.

Pero, siendo romanos, todavía eran orgullosos y le dijeron a Alarico:

—“Si intentas tomar Roma por la fuerza, no habrá ningún hombre en Roma que no vaya a luchar contra ti desde los muros y en las calles”.

Alarico soltó una carcajada y dijo:

—“Como bien sabéis cuanto más espesa sea la hierba más fácil será cortarla”.

Entonces los senadores le dijeron:

—“¿Cuáles habrían de ser las condiciones para que no saquees la ciudad?”

Alarico contestó:

—“Tenéis que entregar todo el oro, plata y joyas que haya en Roma, tanto si pertenecen al Estado como a los particulares”.

Los senadores reclamaron:

—“¿Y entonces qué nos dejas?” Con sonrisa burlona, Alarico respondió:

—“Pues la vida, ¿qué más queréis?”

Cuando los senadores regresaron con esa triste noticia a la ciudad, los romanos, desesperados, decidieron luchar por Roma y no rendirse. Pero entre los esclavos había muchos que procedían de tribus germánicas, que habían sido hechos prisioneros en la inacabable lucha en las fronteras. Y esos esclavos sabían que allí donde fuera Alarico, liberaba a los esclavos germanos, por lo que esperaban deseosos la llegada de los godos.

Durante la noche, esos esclavos germanos treparon por los muros, mataron a los guardias y abrieron las puertas.

Los godos se precipitaron al interior de la ciudad. Y de ese modo Roma cayó bajo los godos en el año 410. La poderosa Roma, la ciudad que antaño había regido sobre el más vasto imperio que haya conocido el mundo, fue tomada por los godos.

Ni Aníbal, ni los primeros invasores germanos y teutones habían sido capaces de tomar Roma, pero ahora la ciudad caía en manos de los godos sin apenas ofrecer resistencia.

Hay que decir que Alarico cumplió su palabra: hubo muy pocos muertos, sólo algunos esclavos se vengaron de sus crueles dueños y los asesinaron.

Los godos mismos estaban satisfechos con el saqueo, con llevarse todo el oro, plata y joyas de todas y cada una de las casas y templos. Todo el tesoro que Roma había acumulado durante siglos le acabó siendo arrebatado.

La única persona que no estaba preocupada por la suerte de Roma era el emperador en su villa de Rávena.

Cuando un esclavo llegó corriendo para decirle:

—“¡Roma se ha perdido!” -el emperador se limitó a decir:

—*¡Pero si lo vi ayer, y tenía muy buen aspecto”!*

Su único pensamiento era para el gallo llamado Roma. Y cuando se le dijo que se estaba hablando de la ciudad de Roma, suspiró aliviado al saber que su gallo estaba bien.

Después de tomar los tesoros de Roma, Alarico no deseaba quedarse. Quería conducir a sus godos a España y de allí a África.

Los godos dejaron la ciudad y se trasladaron al sur. Pero todavía estaban en Italia cuando Alarico enfermó y murió al cabo de unos días allí, cerca se hallaba el río Busento.

Los godos empezaron por construir un canal para desviar las aguas del río. Y en el lecho seco de río enterraron a Alarico y con él la mayor parte del tesoro de Roma. Luego hicieron que las aguas volvieran a su cauce original y taparan la tumba de Alarico.

Todos los esclavos que habían hecho el trabajo fueron asesinados para que no pudieran revelar el secreto del lugar donde estaba oculto el tesoro de Alarico. Y es posible que siga estando allí hoy en día, bajo las aguas del río Busento en Italia.

Menos de cincuenta años después, otra tribu germánica tomó la ciudad de Roma.

Eran los vándalos, que eran más feroces y terribles que los godos. Saquearon, quemaron y mataron sin misericordia. Luego cargaron su botín en barcos y navegaron hasta África.

Hasta el día de hoy, a la gente que destruye cosas sin razón alguna se les llama “vándalos”, como recuerdo de esa tribu bárbara que saqueó Roma.

Tras la invasión de los godos y de los vándalos, Roma dejó de ser una gran ciudad. Aún existía el Imperio Romano de occidente, pero sus emperadores solían habitar la ciudad de Rávena como capital. La Roma de los Césares había desaparecido, pero otra estaba creciendo lentamente.

Esa nueva Roma era la sede de los Papas, el centro de la Iglesia Católica, aunque en esa época, tras la invasión de los bárbaros, la ciudad era una sombra de lo que había sido y la mayoría de sus orgullosos edificios estaban en ruinas.

El fin del imperio

El Imperio Romano estaba desmoronándose: los hunos lo habían arrasado, los godos habían despojado Roma, los vándalos la habían saqueado e incluso los mismos soldados que todavía luchaban por Roma a menudo eran guerreros germanos que, por dinero, aventura y deseo de luchar, defendían el imperio tambaleante y resquebrajado.

Tanto el Imperio Oriental como el Occidental dependían totalmente de los mercenarios que luchaban por ellos.

La mayoría de la gente en el Imperio Romano eran cristianos, y algunos de los soldados mercenarios también se habían convertido al cristianismo, pero la mayoría de las tribus germánicas que atacaban, oleada tras oleada, desde los bosques de Europa Central, eran todavía paganos. Había ciertas personas que se impusieron la tarea de llevar el mensaje de Cristo a esas tribus germanas: los monjes.

El Imperio Romano podía estar tambaleándose y declinando, pero esos misioneros sentían que el reino de Cristo tenía que crecer. Hacía falta un corazón firme y mucho coraje para internarse entre esas tribus salvajes —que veneraban a Odín y a Thor—, para vivir entre ellos e intentar persuadir a esa gente —amante de la guerra— que creyeran en el Dios del amor y en Cristo.

Sólo un monje —una persona sin lazos familiares ni posesiones de las que preocuparse, una persona dispuesta a dar su vida por la fe— podía vivir entre esos feroces guerreros y predicarles la religión de la misericordia y la compasión. Esos monjes sabían muy bien que incluso si tenían éxito, y los guerreros se convertían en cristianos, no cambiarían inmediatamente su modo de vida.

Pasarían muchas generaciones antes de que esa gente belicosa fuera cristiana no sólo de nombre, sino también de obras. Pero se habría dado el primer paso. Uno de esos monjes fue **Severino**.

Había escogido vivir entre las tribus a lo largo del río Danubio. Severino vivía en una cabaña, allí donde hoy se encuentra la ciudad de Viena. En una pequeña franja de terreno cultivaba con esfuerzo el alimento que necesitaba. De vez en cuando un guerrero o un noble podía acercarse a su cabaña y hacerle preguntas sobre su Dios.

Tal vez viniera una segunda y una tercera vez, y escuchara las historias de Severino sobre Jesucristo y, un día, el guerrero o el noble, decía:

—“*Quiero hacerme cristiano*”. Y cuando eso sucedía, Severino se sentía como un general después de una gran victoria; y le daba gracias a Dios por la gran alegría que le había dado.

Un día llegó a Severino un nuevo visitante, un hombre del norte. Era un guerrero tan alto que tenía que permanecer inclinado dentro de la cabaña; estaba vestido pobremente, pero tenía una enorme fuerza corporal. El guerrero germano saludó a Severino y le dijo:

—“*Mi nombre es Odoacro—en germánico “Audawarks”—. He dejado mi tribu que vive en el Mar del Norte y estoy en camino a Roma para convertirme en un soldado en sus legiones. Soy pobre, como puedes ver por mis vestiduras, pero soy fuerte y mi fuerza tal vez me ayude a encontrar buena fortuna como soldado. He oído hablar de ti como de un hombre sabio y bueno; tal vez puedas decirme si mis esperanzas son razonables o no*”.

Severino sonrió al hombre alto y le dijo:

—“Amigo mío, veo un tiempo en el futuro en que vestirás las vestiduras más delicadas que puedan encontrarse. Pero, las buenas vestiduras no son lo único que importa.

Y empezó a hablarle de Jesucristo. Odoacro se quedó tan cautivado por lo que le contaba Severino, que permaneció un tiempo con él.

Cuando más tarde marchó para buscar su fortuna en Italia se había convertido al cristianismo. Al ser alto y fuerte, fue fácilmente aceptado en las legiones.

Mostró gran coraje en muchas batallas y se convirtió en un oficial, alcanzado rangos cada vez más altos. Hasta que un día, se convirtió en comandante en jefe, el oficial supremo de las legiones.

Sólo un hombre estaba por encima suyo, el mismísimo emperador occidental. Pero en esa época el emperador era un niño, llamado Rómulo Augústulo —Rómulo para evocar al primer rey y Augústulo (pequeño Augusto) para evocar a Julio César Augusto—.

A pesar de esos nombres tan altisonantes el emperador no era más que un niño de diez años y era incapaz de gobernar.

Era Odoacro quien realmente gobernaba para él el Imperio Romano de Occidente y cuando Odoacro empezó a preguntarse por qué él, el bárbaro, debía inclinarse ante un niño

romano, mientras sus legiones, que eran casi todos germanos como él, debían ser siervos de los romanos que ya eran incapaces de luchar por sí mismos.

¿Qué era todo ese parloteo sobre el Imperio Romano?

Los soldados, los oficiales, los generales, e incluso Odoacro eran todos germanos. Ya iba siendo hora de acabar con esa simulación de que todavía existía un imperio “romano” en occidente. En el este, en Constantinopla, aún había algo que se parecía a un imperio romano.

Odoacro se presentó ante Rómulo Augústulo y le dijo:

—“No tiene sentido pretender que tú eres mi amo, o que tú, un niño, seas el emperador, el gobernante del Imperio de Occidente. Quiero que declares que abandonas el poder y que ya no existe ningún emperador de Roma. Y o soy cristiano y no te haré daño como podría hacerte si quisiera. Se te dará una espléndida villa y sirvientes que cuidarán de ti fielmente, pero como ciudadano privado”.

El niño no tuvo más remedio que obedecer. Abdicó del título de “emperador” y se fue a vivir a la villa que Odoacro le ofreció. Y de ese modo, el Imperio Romano, el imperio de Augusto, de Nerón y de Adriano, acabó sus días en el año 476.

La historia romana había comenzado en el 754 a. de C. y concluía 1230 años después, en el **476**.

Odoacro podría haberse proclamado él mismo emperador, pero no deseaba tener un título romano que ya no era más que una palabra vacía. Tenía el poder, sus legiones germánicas le obedecían, y eso era lo que le importaba.

Fue Odoacro que puso fin al Imperio Romano de Occidente, aunque había sido una mera caricatura de su grandeza desde hacía mucho tiempo.

Más tarde, en el 493, hubo otra invasión de tribus germánicas, y Odoacro fue asesinado por **Teodorico**, el rey de los ostrogodos que, por un tiempo, se convirtieron en dueños de Italia.

Toda Europa se hallaba entonces en manos de las tribus germánicas que luchaban entre sí. Y algunos de esos reinos aparecían y desaparecían en muy poco tiempo.

Anglos y sajones

Los hunos, dirigidos por Atila, y los godos bajo el mando de Alarico, habían hecho temblar el Imperio Romano como un terremoto, y del mismo modo como un edificio se desmorona en un terremoto, toda la estructura del Imperio Romano se vino abajo.

Odoacro le dio el golpe final. Sólo en oriente, en Constantinopla, permaneció al menos una parte del imperio.

En el oeste, las tribus germánicas lo habían invadido todo.

En Britania, los celtas se habían romanizado, habían adoptado costumbres romanas, usaban el latín y con el tiempo se habían convertido en cristianos. Sólo en el norte del **Muro de Adriano**, los pictos y los escoceses no habían sido nunca conquistados por los romanos, mientras que al sur del muro la gente se había romanizado y cristianizado.

Cuando Alarico y sus godos invadieron Italia en torno al 395, Roma decidió que las legiones en la lejana Britania se necesitaban con más urgencia en Italia; Roma no podía malgastar sus soldados para defender Britania, los necesitaba para defenderse a sí misma.

Y de ese modo una legión tras otra fue abandonando Britania, y finalmente ésta tuvo que defenderse a sí misma.

Trescientos años antes, en los tiempos de Caractacus y Boadicea, los britanos habían sido gente belicosa y bravos guerreros, pero ahora, después de haber vivido la confortable vida de los romanos, y de que de las refriegas se encargaban los mercenarios —que lo hacían

por dinero o por un trozo de tierra—, los britanos ya no estaban acostumbrados a luchar por sí mismos, y cuando el último de los legionarios había abandonado Britania ya no había ningún ejército para defenderla.

Una vez marchados los legionarios, los pictos y los escoceses atravesaron el Muro de Adriano e invadieron la Britania romana, la saqueando a su placer, y conquistaron las ciudades del norte, una tras otra.

Después de que marcharan los romanos, Inglaterra volvió a ser una tierra con muchos reinos. Uno de esos reyes, **Vortigern de Kent**, ideó una manera de proteger su tierra contra los salvajes pictos y escoceses. *¿Acaso los romanos no habían usado tribus germánicas para proteger sus fronteras?*

Los britanos podían hacer lo mismo que habían hecho los romanos.

Así que el rey Vortigern envió mensajeros a dos tribus germánicas, los anglos y los sajones, que en aquella época vivían en la costa norte de Alemania. Se les prometió recompensas y tierra en Britania si acudían allí y expulsaban a los pictos y a los escoceses empujándolos de regreso a los bosques del norte.

Ahora bien, entre anglos y sajones había muchos caudillos y reyes, y cada uno de ellos dirigía a unos miles de hombres. Como todas las tribus germánicas, la mayoría de estos reyes querían trasladarse al sur, y finalmente lo hicieron; existe aún hoy en día una región de Alemania llamada Sajonia. Dos reyes aceptaron la invitación de trasladarse a Britania. El nombre de esos reyes puede sonar extraño, pero entre las tribus germánicas el caballo era considerado el animal de Odín, el más sabio de los dioses; el caballo era para ellos el animal de la sabiduría, de la inteligencia, y cuando a uno lo llamaban “caballo” era un gran honor.

Uno de esos dos reyes era llamado **Hengist**; es decir, “semental”, y el otro era llamado **Horsa**, “caballo”. Ambos reyes, Hengist y Horsa, se pusieron en marcha hacia Britania. Cruzaron el Mar del Norte en sus largos barcos y llegaron a Kent, donde los blancos acantilados de yeso son golpeados por las olas del Canal.

Los britanos saltaron de alegría al ver a esos fornidos guerreros, pensando que sus problemas se habían acabado. Se decían:

—“Es cierto, estos anglos y sajones son paganos, adoran a Odín y a Thor, pero incluso los paganos pueden ser útiles”.

Y fueron realmente útiles, pues los anglos y los sajones cumplieron su parte del compromiso y lucharon contra los pictos y los escoceses haciéndolos retroceder hacia el norte desde donde habían venido.

Una vez lo consiguieron, Hengist y Horsa se acercaron a Vortigern, el rey de Kent, a pedirle su recompensa.

El rey britano dijo:

—“Les he prometido tierras y yo siempre cumplo las promesas. Decidme ¿cuánta tierra queréis?” Hengist respondió:

—“No queremos mucha, digamos, toda la que quepa dentro de la piel de una vaca”.

El rey exclamó el sorprendido:

—“Eso es realmente muy poco, pero si eso es lo que queréis sed bienvenidos a ella”.

No era por casualidad que Hengist y Horsa fueran llamados siguiendo el nombre de los animales de la sabiduría. Tomaron la piel de una vaca y la cortaron en una tira muy delgada, y cuando se extendió esa tira de piel haciendo con ella un círculo envolvía mucha más tierra de la que el rey Vortigern hubiera pensado jamás que iba a darles.

No se quedó muy contento con la astuta artimaña de los anglos y sajones, pero no podía volverse atrás: había dado su palabra. Y ese no fue el final de la historia, tan sólo era el principio.

Los anglos y los sajones comprobaron que los britanos no eran guerreros. Y no pasó mucho tiempo antes de que los anglos y los sajones atacaran a los britanos que comprendieron demasiado tarde que los “ayudantes” que habían invitado eran mucho peores que los pictos y los escoceses.

Los anglos y los sajones no sólo derrotaron a los britanos en la batalla, sino que asaltaron las ciudades y pueblos, incendiándolos y destruyéndolos.

A los anglos y sajones no les gustaban las ciudades ni la vida en la ciudad, preferían la vida en el campo.

Destruyeron las iglesias y mataron a los sacerdotes, porque anglos y sajones eran paganos y no hacían uso de las iglesias.

Una tras otra, las ciudades romano-británicas fueron destruidas, los britanos asesinados o vendidos como esclavos, y toda la civilización romana en Britania, con sus villas y templos, teatros y baños, llegó a su fin.

Con la destrucción de las iglesias, la religión cristiana en Britania también acabó extinguiéndose. Britania volvió a convertirse en un territorio pagano.

En el sur, los anglos y los sajones eran los amos, en el norte, los pictos y los escoceses gobernaban desde los bosques y montañas. Sólo en las montañas de Gales había una pequeña parte de Britania donde sobrevivía la fe cristiana.

Los anglos y los sajones no podían conquistar Gales y un reducido grupo de britanos huyeron hacia Gales, y, aunque no construyeron allí más ciudades romanas, mantuvieron viva la fe cristiana.

En Irlanda, la fe cristiana también siguió viva, pero, aparte de Irlanda y una parte de Gales, Britania volvía a estar en las manos de los bárbaros.

El sur de Britania llegó a ser conocido como Anglesland —tierra de los anglos—, Inglaterra.

Hay todavía una parte de Inglaterra que se llama East Anglia —Anglia del Este—, que era un reino separado de los anglos.

Otros reinos fueron llamados East Sax —Sajonia del Este—, West Sax —Sajonia del Oeste—, South Sax —Sajonia del Sur—, que acabaron convirtiéndose con el tiempo en Essex, Wessex y Sussex.

En contraste con su faceta destructora, los anglos y los sajones eran excelentes granjeros y agricultores. Destruían ciudades que ellos no veían útiles, pero trabajaban la tierra mejor que los britanos, pues empezaron a recortar los densos bosques de Britania para abrir la tierra para la agricultura. Con el tiempo, la desaparición de los bosques cambió completamente el paisaje y la vida de Britania.

El obispo de Roma

Toda Europa había cambiado con la migración de los pueblos, por esas tribus germánicas que destruyeron el Imperio Romano.

De las ruinas del Imperio Romano emergieron poco a poco las naciones y los países tales como los conocemos hoy. Por ejemplo, la Galia, la tierra que Julio César había conquistado para Roma, fue invadida por una tribu germánica, los francos, que se establecieron allí.

La tierra de los francos acabaría convirtiéndose en Francia.

Los anglos y los sajones al principio quemaron ciudades y mataron a los britanos, pero luego se establecieron y se convirtieron en granjeros que se ocupaban de sus tierras.

Pero había otras tribus germánicas todavía recorriendo tierras y mares, y algunas tribus errantes podían aparecer de repente en la costa de Inglaterra, asaltar pueblos, saquear lo que podían, matar a los ancianos y llevarse a los más jóvenes para venderlos como esclavos.

Los anglos y los sajones ya no seguían trasladándose de un lado a otro, y querían vivir en paz como granjeros y agricultores. Si embargo, otras tribus germánicas asaltaban sus pueblos.

A menudo, los piratas se llevaban a los niños y los vendían a tratantes de esclavos. En aquellos días, hace mil quinientos años, los tratantes de esclavos compraban prisioneros — hombres, mujeres y niños— de esos asaltantes y piratas, y luego los vendían en los mercados de diversas ciudades.

Un día, en un mercado de Roma, algunos niños ingleses de la tribu de los anglos fueron ofrecidos a la venta.

Con los ojos azules y el pelo rubio, eran muy distintos de los demás esclavos que se vendían. Un sacerdote cristiano llamado **Gregorio** pasaba por allí y al ver a aquel grupo de niños pensó:

—“Qué hermosos son estos pequeños; es una lástima que yo sea un pobre sacerdote y no pueda comprar su libertad, pero he de averiguar de dónde vienen.”

Se dirigió al vendedor de esclavos y le dijo:

—“Estos niños son muy hermosos. ¿Qué país es capaz de generar niños y niñas tan bellos?” El tratante le contestó:

—“Son anglos”. Gregorio pensó un momento:

—“¿Anglos? No, no tendrían que ser llamados anglos, sino ángeles.

El vendedor se rió:

—“Los de la tribu de la que proceden estos niños están muy lejos de ser ángeles, son paganos en la isla de Britania”. Gregorio respondió:

—“Entonces tendrían que recibir la luz de Cristo, y voto para que un día la reciban.”

No pudo hacer nada por esos niños, pero Gregorio nunca los olvidó, pensando a menudo en esas tribus de Britania que todavía seguían la religión pagana de Odín y Thor, los dioses del Valhalla.

Grandes oportunidades se le presentaron a la vida de Gregorio.

No sólo fue un buen sacerdote, sino que también era un hombre inteligente. La gente de Roma y sus colegas sacerdotes le tenían gran respeto y con el tiempo se convirtió en Obispo de Roma.

Cuando Gregorio se convirtió en obispo Roma estaba pasando un mal período: tres cuartas partes de la ciudad estaba en ruinas; y entre la gente que todavía vivía en la ciudad cundía la enfermedad y el hambre.

En Italia, en general, las cosas no eran mucho mejores: en el norte, habían aparecido los Lombardos —“*largas barbas*”—, otra tribu germánica, y se habían adueñado de la zona.

En el sur, algunas tribus germánicas se habían establecido y luchaban entre sí. En esta difícil situación Gregorio decidió que no podía simplemente permanecer como obispo, un sacerdote preocupado solamente con mantener los servicios de la Iglesia. Tomó el gobierno de Roma, se preocupó de que el campo alimentara a la ciudad y de que se construyeran casas nuevas y mejores.

Y así, lentamente, empezó a crecer una nueva Roma, una ciudad de Roma gobernada por un obispo. Con el tiempo, Gregorio despertó tanto respeto entre la gente que los obispos de otras ciudades, de Rávena y Nápoles, lo aceptaron como cabeza, o Papa —que quiere decir padre— de toda la Iglesia.

Desde ese momento en adelante el obispo de Roma fue también el gobernador de Roma, el cabeza de todos los obispos, sacerdotes y monjes; era el año 590.

Roma, que había sido la ciudad de los Julio Césares, empezó una nueva vida como ciudad del Papa, y el centro de todos los servidores de la Iglesia.

Monjes, abades, obispos de todo el Imperio Romano de Occidente obedecían al Papa de Roma. Pero no el Imperio de Oriente, de Constantinopla.

La Iglesia Oriental no aceptaba el liderazgo del Papa en Roma.

Cuando °Gregorio el Magno —como llegó a llamársele— se estableció a sí mismo como Papa, como cabeza de todos los sacerdotes y monjes, se acordó de aquellos niños rubios de los anglos que él había llamado ángeles y envió monjes a Britania para convertir a los anglos y a los sajones a la religión cristiana. El guía de estos monjes se llamaba **Agustín**.

Él y sus compañeros monjes no estaban demasiado contentos de ser enviados a ese país salvaje en el norte: habían oído historias de que los anglos y los sajones se comían el corazón de sus enemigos, y que no había ningún humano capaz de aprender su horrible lenguaje, el inglés.

De modo que Agustín y sus cuarenta monjes partieron para Britania simplemente como acto de obediencia a Gregorio Magno. Pero el hecho es que las cosas les fueron mucho mejor de lo esperaban.

El encuentro con el rey de los anglos, **Adalberto**, fue realmente un acontecimiento magnífico. Sentado bajo un árbol, rodeado de guerreros, el rey observó a los monjes romanos que se le acercaban, llevando una gran cruz de plata y cantando un himno.

Se levantó y recibió a los extranjeros con palabras amistosas. Les dio permiso para predicar su religión, y un año más tarde, en el año 597, Adalberto fue bautizado y un gran número de sus guerreros con él.

Pronto siguieron el ejemplo otras tribus, y el cristianismo volvió a Britania.

La primera iglesia cristiana se construyó en Canterbury.

Los pictos y los escoceses también se convirtieron al cristianismo, sin embargo, no los convirtieron los misioneros enviados de Roma, sino **Columbano**, que llegó desde Irlanda donde la fe cristiana había crecido con independencia de Roma.

Agustín convirtió a los anglos y sajones en el sur, mientras Columbano y sus discípulos convirtieron a los pictos y los escoceses en el norte.

Winifredo

Cuando había estado en la cúspide de su poder, el Imperio Romano había unido a grandes partes de Europa, Italia, Grecia, Hispania, la Galia, Britania, bajo una sola ley, la ley romana. Mientras las legiones romanas luchaban en las fronteras del imperio, dentro de él existía la paz de Roma, mantenida por la ley romana, era la pax-romana.

Había un lenguaje común, el latín, que se hablaba desde Britania hasta Egipto; se construían ciudades siguiendo un patrón común, el patrón de Roma, y el modo de vida era el mismo en la Galia que en Palestina: el modo de vida romana.

La pax-romana era algo muy importante para muchísima gente bajo la cual se podía vivir juntos y en paz.

Cuando el Imperio Romano cayó bajo la invasión de las tribus germánicas se fragmentó en muchos reinos, y no había mucha paz entre los diversos reinos vecinos.

La gran pax romana había desaparecido, Europa estaba fragmentada en nuevas naciones, nuevos países, y las tribus germánicas que los habitaban luchaban entre sí.

Ya no había una ley común, o cualquier otra cosa que mantuviera unidas a esos pueblos belicosos. Pero si esos pueblos germánicos se volvían cristianos la fe sería una especie de vínculo entre ellos y, poco a poco, las cosas irían mejorando.

Los reyes podían luchar entre sí, pero si los contendientes de ambos bandos eran cristianos y respetaban la cabeza de la Iglesia Católica, el Papa de Roma, tal vez escucharan su consejo y resolvieran en paz sus disputas.

Por eso, la expansión de la religión cristiana era la única esperanza de que las cosas fueran mejorando.

La antigua unidad del Imperio Romano, la pax romana, había desaparecido para siempre, pero tal vez podía emerger un nuevo vínculo, con la Iglesia y su centro en Roma.

De modo que cuando los monjes partieron para predicar la fe cristiana a las tribus paganas, no era sólo una cuestión de religión, sino algo que debiera contribuir a crear un mejor futuro para los pueblos de Europa.

Los anglosajones, que al principio habían destruido el cristianismo, más tarde, gracias a Agustín y sus monjes, se convirtieron al cristianismo, y al poco tiempo, algunos anglosajones también se convirtieron en monjes y sacerdotes.

Entre los monjes anglosajones, hubo quienes asumieron ellos mismos la tarea de llevar el evangelio de Cristo a las tribus paganas en el corazón de Europa.

Solos o en pequeños grupos, sin armas, esos hombres valientes viajaban cientos de kilómetros hasta los bosques de Alemania, Suiza y Austria.

El más grande de esos monjes anglosajones fue el monje benedictino **Winifredo**, o *Wynfrith* (680-754), o su nombre latino, Bonifacio. Mas, como era anglosajón y no era romano, lo llamaremos por el nombre que tenía entre su propia gente.

Cuando Winifredo partió, algunos misioneros que habían ido antes habían sido asesinados cruelmente por las tribus paganas. Pero esa noticia no podía atemorizar a Winifredo. Sólo y desarmado, dejó Inglaterra y se abrió su camino por los bosques de Alemania.

Había un lugar que muchas tribus germánicas consideraban santo, un lugar sagrado. Era una colina que había sido despojada de árboles excepto uno que había en el centro, un enorme y antiguo roble.

Ese roble era sagrado para Thor, el dios del trueno y el rayo. Nadie se habría atrevido a tocar ese árbol, pues se decía que cualquiera que lo tocara perecería inmediatamente por un rayo.

En algunas épocas las tribus germánicas se congregaban sobre aquella colina, veneraban a Thor y le hacían sacrificios.

Winifredo esperó a una de esas ocasiones. Y cuando cientos de guerreros se habían reunido sobre la colina y estaban de pie rodeando el gran roble, Winifredo se adelantó llevando una enorme hacha.

Mientras todos los hombres lo contemplaban con sorpresa, Winifredo se acercó al árbol, levantó el hacha y la clavó profundamente en él.

Los guerreros se quedaron aterrados: esperaban que un poderoso rayo golpeará a Winifredo, pero no pasó nada. Él siguió golpeando con su hacha, cortando cada vez más profundo.

Los guerreros de las tribus empezaron a alarmarse, y se miraban unos a otros para ver si alguien se atrevía a detener a ese hombre, pero antes de que pudieran entrar en acción, el poderoso árbol se inclinó y cayó estrepitosamente.

Mientras los guerreros miraban atónitos y horrorizados al árbol de Thor caído en el suelo, Winifredo gritó:

—“¡Mirad cuán poderosos son vuestros dioses! ¡Convertíos al verdadero Dios!”

Y luego se marchó de allí. Nadie se habría atrevido a levantar su mano contra él. Desde ese día en adelante cada vez más guerreros se fueron acercando para ser instruidos en la religión cristiana y para ser bautizados.

Con la ayuda de estos nuevos cristianos, Winifredo, construyó una iglesia sobre la colina de Thor, hecha con la madera del roble de Thor.

Durante treinta años, Winifredo, o Bonifacio, vivió entre las tribus en Alemania y convirtió a muchas de ellas al cristianismo.

Cuando ya era muy anciano partió con algunos amigos a convertir a una tribu en el norte de Alemania, los frisios, pero éstos habían oído hablar de Winifredo: no querían que su modo de vida fuera cambiado por esa religión cristiana, y atacaron a Winifredo y sus acompañantes.

Los amigos de Winifredo sacaron sus espadas para defenderlo, pero él les dijo:

—“No. No hemos de derramar sangre para defendemos a nosotros mismos, el propio Cristo no lo hizo”.

Él y sus compañeros fueron asesinados; murieron por su fe, sin embargo, gracias a su trabajo y la de otros como él, las tribus germánicas, con el tiempo, acabaron convirtiéndose al cristianismo.

De modo que, al principio, los anglos y los sajones empezaron destruyendo el cristianismo en Britania, pero los niños rubios vendidos en el mercado de esclavos hicieron que Gregorio decidiera emprender la tarea de volver a llevar la fe cristiana a Britania.

Con el tiempo, los anglosajones produjeron héroes como Winifredo —o Bonifacio— que llevaron el mensaje de Cristo a los bosques de Alemania.

FIN

Aportación de Hermelinda Delgado